

# LA ESPAÑA MUSICAL

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes

CADA NÚMERO LLEVA, POR SEPARADO, UNA PIEZA DE MÚSICA.

Año II.

Madrid, 7 de Enero de 1887.

Núm. 5.

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid, un mes.....	1,50 pesetas.
Idem, trimestre.....	4 »
Provincias, trimestre.....	5 »
Extranjero, idem.....	6 »

## PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid: Administración, calle del Espejo, núms. 9 y 11, pral., y en las principales librerías.  
Provincias y extranjero, en casa de los Corresponsales.

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

## ADVERTENCIA.

*En esta REVISTA ni se dan bombos, ni se admiten reclamos.*

## SUMARIO.

Una zambra moruna, E. Castelar.—León, José Alegría.—Teatro Real, Flautín.—La guitarra, José María Ortega Morejón.—*Sección científica*, Tomás Bretón.—Teatros.—Variedades.—Correspondencia.—Nota bene.—Música: Marcha militar, por A. Vázquez.

## UNA ZAMBRA MORUNA.

Granada ardió en fiestas, á causa de las victorias amorosas de Hacem; que mil veces ardiera también en fiestas, á causa de las victorias guerreras. Cada barrio, así entre los vencedores como entre los vencidos, bien ó mal de su grado, tuvo que festejar igualmente su victoria ó su derrota, y que reirse y regocijarse á una en público, por lo mismo de que, á la callada, se plañía en silenciosos, reconcentrados acentos. La gran ciudad, palenque de triste y profundísimo duelo, se asemejaba en aquel entonces á inmenso teatro donde los mismos combatientes, en una batalla cruentísima, tomaban el papel de actores en una farsa ridícula.

Quedáronse las tiendas del Zacatín, y hasta la posada de los Genoveses, sin sedería, por los innumerables gallardetes y banderolas que cada familia se vió constreñida necesariamente á colocar en florestas fingidas por las fachadas de sus casas; que lo hicieron las familias fieles á Hacem por satisfacer su entusiasmo, y las infieles por ocultar su despecho. Limpiáronse las armas, todavía humeantes con la sangre recién vertida, para emplearse y esgrimirse todas ellas en varios simulacros y alardes. Procuráronse, así los pobres como los ricos, aljabas, fajas, marlotas nuevas, en cuyos linos ó brocados combinaron colores varios por singulares modos, y esparcieron piedras ó lentejuelas, según la categoría de su nacimiento ó la importancia de su riqueza. Los alfanjes damasquinos, de cinceladas empuñaduras, de centelleantes hojas, de áureos tahalíes, de filigranadas vainas, de religiosas inscripciones y leyendas, brillaron en el escarnio, cual otras veces brillaron en las glorias. Salieron por calles y plazas las lanzas más preciadas, las cotas y coseletes más ricos, los jaeces más bordados, los trotones más guerreros. Y junto á estas insignias de valor veíanse las insignias de la belleza, es decir, los femeniles cinturones cua-

jados de jacintos, las cofas bordadas de perlas, los atavíos, que, demostrando el gusto de las mujeres, demuestran al mismo tiempo el refinamiento de la cultura. Competían los diversos blasonados bandos en alardes, y los más heridos porfiaban por mostrarse festivos en las fiestas. Así salieron á luz tantos motes y divisas. Los Nazaritas, pertenecientes á los reyes fundadores de la dinastía y constructores de la Alhambra, emparentados todos con Hacem; los Abencerrajes, que se imaginaban descender de los primeros auxiliares del Profeta; los Almazares, que mantuvieron en Zaragoza y en Fraga y en Pamplona el empuje de Abarcas, de Berengueres y de Carlovingios; los Merisanes, que reinaran en Damasco y sostuvieran sobre sus hombros el califato de Córdoba, compitiendo con los Abásidas de Bagdad y relacionándose con los emperadores de Constantinopla; los Gazasistas, que aún destellan de su linaje los esplendores del nunca olvidado cielo de la Siria; los Zenitas, bronceados por los ardores del África; los Gomeles, hijos naturales del Desierto; los Gazules de Gelulia, los Almoradíes de Tánger requirieron á una sus más queridas armas, limpiaron sus más empolvados blasones, enjaezaron sus más ligeros caballos, y salieron á cañas, justas, sortijas, zambros y torneos, como si Granada reposase en floreciente paz, ceñida de inmarcesibles victorias. Entre tantos blasones y timbres, no hay que decir campeó, cual campa la luna entre las estrellas, el escudo de Alhamar, por todas partes visto en Granada, como plata que atraviesa barra diagonal celeste, á cuyo extremo abren sus fauces dos dragones, y sobre cuyas líneas hay una alabanza al Dios de los vencedores en recuerdo de aquella aparición celestial que guió los Almohades á mil victorias, tan funestas para nosotros los cristianos. Y si las aristocracias ostentaban tales preseas, la ple-

be, con menos lujo, pero con mayor algazara, enardecía las fiestas. Teniendo en poco las sabias leyes de Yusuf, que prohibían tales algaradas, y resucitando los festejos propios de la Pascua de Alfitra, iban cuadrillas, encabezadas por tamboriles y dulzainas, de un lado á otro lado, entreteniéndose á una en tirar, á cuantos encontraban al paso, esencias, flores, frutas, chucherías, y en danzar danzas de una extrema violencia, mientras grupos de guitarreros producían melancólicos aspegios, y compañías de juglares jugaban juegos vistosísimos. En una palabra: la ciudad pasaba de las guerras á las orgías, como un borracho del extremo llanto á los extremos regocijos.

No hacía menos la corte. Hacem estaba tan loco de contento por haberse unido á Zoraya, como por haber repudiado á Aixa, y quería que todo el mundo participase del estado de su ánimo. En cada Casa Real había una zambra diversa. Los nacidos no han visto jamás sarao semejante al sarao dado en tibia noche por los salones, por las galerías, por los huertos y jardines del Generalife. Imaginaos aquellos muros tapizados de rosas y jazmines; aquellas alamedas varias subiendo en espirales desde el risco-so pie á las armoniosas cumbres en la bienhadada colina; las puertas semigóticas, realizadas con signos de poética bendición y adornadas con ajimeces de áureas celosías; los intercolumnios de alabastro sosteniendo los arcos de herradura, sobre los cuales descansan las techumbres de alerces embutidas en marfil, nácar y metales preciosos; las salas de marmóreos pavimentos, de zócalos compuestos por brillantísimos azulejos, de paredes caladas, entre cuyos alicatados se extienden alharacas de plateadas flores y líneas de oro macizo, esculpidas y grabadas en poéticas leyendas y armoniosos versos; los arroyos que caen á

las albercas por los pasamanos de las escaleras, y por los escalones que suben á las alturas en cristalinos surtidores; los pintorescos kioskos, los recatados retiros, el mirador bellissimo, comparable á gruta formada de aljófares, oculto entre los bosques de limoneros y de granados: imaginaos el Generalife teñido por los resplandores de millares de luminarias, poblado por parejas de hermosas moras y apuestos moros, cuyas miradas, al encontrarse, despiden chispas de amores; henchido por las armonías emanadas de ocultas orquestas, que despiden notas, las cuales diríanse despedidas por cuantos objetos os rodean, animado de algazara, formado por la leila y otras danzas moriscas, en cuyos giros el movimiento y el calor comunican los vértigos más deliciosos de la voluptuosidad y del placer: imaginaos así el Generalife, y decidme luego si ha existido ni se ha ideado jamás espectáculo alguno que de esa suerte encienda la sangre, y la exalte y enloquezca la mente. Aquí, en las sombras, descúbrese unos cuantos farolillos como aves luminosas venidas de otros mundos á columpiarse en las ramas de los encantados vergeles; allí, en las cascadas, desprendidas de lo alto á la ancha alberca, refléjanse resplandores tan sumamente intensos, que los tomaríais por bajados del sol, capaz de levantarse á un conjuro mágico en la media noche para iluminar tan delicioso sitio; más allá, en la distribución de los varios destellos, deslízase, como un rayo de luna que esparce poética tristeza, mientras en las salas, en las galerías, en los miradores, por los bordes de los estanques, por las tazas de las fuentes, corren, á manera de grecas fantásticas, innumerables luminarias de todos colores, que confundiríais con piedras preciosas conteniendo una luz sobrenatural en sus resplandecientes facetas.

Pues si absorta dejó á la corte este sa-  
rao, no la dejó menos la fiesta militar y

naval, fingida por cuantos soldados había en Granada, los cuales reuniéronse, los de tierra, en varios vistosos campamentos por los alrededores de la Alhambra; los de mar, en varias naves doradas, que bogaban por la acequia de Alfacar, fingiendo todos tales alardes, que nunca pueblo guerrero alguno se recreó con más plausibles y más gratos recreos. Pero, en verdad, los festejos que se llevaron la palma fueron los festejos de cañas y sortijas, ideados como jamás ideara otros iguales en su larga historia la oriental y voluptuosísima Granada. La plaza de Bibarrambla, erigida sobre la espalda misma del *Darro*, al pie de la cuesta de los Gomeles, rebosa en gentes. Sus edificios se han renovado todos con mármoles recién bruñidos, y compuesto y adornado con telas de seda ceñidas por vistosas franjas y sembradas de áureas lentejuelas. Los magníficos miradores, que podían competir, por su color azul y sus estrellas de oro, con el cielo mismo, representan preciosas moras, que gallardean, ricamente adornadas, como pudieran gallardear las más nobles cristianas. Sus blancas gasas, su deslumbradora pedrería, los rayos de sus ojos, la voluptuosidad de sus sonrisas, campean entre las flores sembradas por do quier de igual suerte que las mariposas en los pensiles. Las músicas guerreras, mezcladas con los gritos populares, animan y enardecen la fiesta. Fingidla si podéis. Por las cuestas, por las azoteas, entre las almenas, cerca, lejos, inmensas muchedumbres; por los miradores, las bellas damas, ataviadas con los más ricos encajes y ceñidas de piedras preciosas; en las tribunas, recién dispuestas al efecto, los magistrados y alfaquíes con sus altos turbantes, signos de sus respectivas dignidades; aquí un grupo de esclavos, cuyos negros rostros resaltan bajo sus tocas blancas y sobre sus túnicas rojas; allí, una legión de graciosos pajes y escuderos portadores

de rodela y escudos primorosamente esmaltados; por todas partes lanzas y espadas que brillan á la luz, banderolas y gallardetes que vuelan al viento; en el principal edificio de la plaza la Reina y el Rey, sentados sobre sendos cogines de púrpura, que resaltan entre los dibujos y las flores de las pérsicas alfombras; en la arena ó redondel las diversas cuadrillas, ora un grupo de caballos blancos, enjaezados de colores celestes, sobre cuyas silllas campean airosos caballeros vestidos de argentado tisú; ora un tropel de corceles del Desierto, que se enorgullecen con su carga de jinetes, vestidos por diversa manera con terciopelo carmesí, todo recamado de bordaduras de oro; ya una compañía de soberbios brutos cordobeses, sujetos por la fuerza de atezados africanos que, en sus marlotas y aljabas verdes, ostentan rico ramaje de plata rociado con menuda lluvia de aljófár; ya otra compañía de atigrados trotones, que piafan al compás de la música y se ensoberbecen á los gritos de los preclaros nobles granadinos, los cuales visten por la moda asiática y recuerdan en sus turbantes la oriental Damasco; todos precedidos de heraldos y clarines, acompañados de vistosas divisas, con el blasón de su familia en el escudo y el regalo de su dama en el pecho, seguidos por palafreros y esclavos, cuyo ministerio se reduce á tener del diestro toda una caballería de refresco, mientras gallardean los jinetes de sin igual apostura, y componen, con cintas y lazos, vistosas combinaciones de color y arriesgadas suertes de cabalgar, y empeñan escaramuzas cuyos encuentros más bien son vuelos que carreras, y cuyas incidencias más bien peleas que juegos, y ensartan las sortijas á todo galope en las puntas de sus lanzas, para depositarlas luego en manos de las preciadas beldades y romper mil cañas en arremetidas y defensas, y realizar todo género de alardes entre los sones de las

chirimías y dulzainas y añafles propios para los combates, y el clamoreo de aquella población, embargada con los azares de las varias empresas, tan parecidas en sus episodios á los peligrosos azares de la guerra.

E. CASTELAR.

## LEÓN.

Cuanto más conozco á los hombres,  
más quiero á mi perro.

(Lord Byron.)

Moría la tarde.

Enemiga de las tinieblas, aceleraba la cigüeña su vuelo poderoso, buscando el nido de sus hijuelos allá en el humilde campanario de la vecina aldea.

Traspuso el sol, y la dentada silueta de la lejana sierra destacóse un momento sobre el enrojecido fondo del ocaso.

Cesó el gorjear de los pájaros.

Los lúgubres gritos de las aves nocturnas y el monótono murmullo de las aguas del río, poblaron el espacio de agoreras y misteriosas notas.

Ligeras ráfagas de viento, moviendo el follaje de los copudos árboles, producían un susurro triste y desapacible.

Crugieron las ramas secas de un espeso matorral, y separáronse las hojas para dar paso á un hombre.

Su cuerpo fornido, su atezado rostro, su piel curtida por el viento y el sol, la escopeta de dos cañones que, sujeta por una tosca abrazadera de cuero, descansaba terciada sobre su espalda, delataban al cazador de oficio.

En efecto; Jaime, que así se llamaba el personaje de nuestra leyenda, era antiguo guardabosque de aquel término, y el más renombrado é incansable cazador de toda la comarca.

Frisaba Jaime en los cuarenta años. Hijo del campo, jamás respiró el aire mefítico de las ciudades; libre, como el corzo á quien perseguía infatigable, carecía de ambiciones esclavizadoras.

Un hijo, un ángel que el cielo bondadoso

le concedió como merecido galardón á sus puras y humildes aspiraciones, constituía su único tesoro; una escopeta proporcionábale lo necesario para su vida, y un perro, fiel é inseparable compañero, formaba toda su servidumbre.

Jaime, al ser padre, perdió á su amada compañera. Desde entonces, todo el amor, todas las ilusiones del guardabosque se habían reconcentrado en su hijo: por él vivía, porque en él hallaba la inagotable fuente de su dicha.

¡Cuántas veces al cruzar Jaime la estrecha y tortuosa vereda que conducía á su modesto albergue, hallaban eco sus pasos en la cabaña, por cuya ventana asomaba la rubia cabeza el impaciente niño, que, lanzando un grito de gozo, batía á la vez sus tiernas manecitas con infantil entusiasmo!

Gritos y palmas que, unidos á los alegres ladridos del perro que apresuraba su carrera por acariciar pronto al pequeño amo, semejaban un himno, discorde, sí, pero cuyas notas resonaban en el corazón del guardabosque como los ecos más dulces y melodiosos de la ventura.

Jamás olvidó Jaime que toda su felicidad era obra del *Hacedor*, quien se la dispensaba como padre protector y cariñoso.

En su noble alma nunca halló cabida la ingratitud, y por eso apenas la blanca luz de la mañana alumbraba indecisa la dilatada llanura de la feraz campiña, cuando, sacudiendo Jaime el perezoso sueño, despertaba á su niño con un tierno beso, y arrojándose padre é hijo, elevaban al cielo su oración, fervorosa plegaria, mezcla de inocencia y de fe, fruto de dos almas sencillas y puras.

Desayunábanse después, y despidiéndose con otro beso del niño, que dejaba encerrado en el estrecho recinto de la cabaña entretenido en sus pueriles juegos, emprendía Jaime su excursión diaria, seguido de León, su eterno compañero de fatigas.

León era un valiente sabueso.

Una tarde, caminando Jaime por la orilla del río, escuchó de repente débiles y lastimosos ladridos cerca de él; observó detenidamente á su alrededor, y pudo ver entonces un hermoso perro de caza que, ten-

dido sobre la fresca grama de la ribera, le dirigía una agonizante mirada de súplica.

Jaime, conmovido, acercóse, y el noble animal levantó su hermosa cabeza para recibirle.

El pobre perro estaba herido.

Media hora después, el caritativo guardabosque curaba cuidadosamente á León en su cabaña, y á los pocos días, el animal, completamente restablecido, seguía los pasos de su amo, agradecido y sumiso al menor de sus gestos.

León fué desde entonces la sombra de su amo.

Pero, ¿cómo al aparecer Jaime por entre el ramaje del matorral, y en el momento de presentarlo á nuestros lectores, no le acompañaba como siempre el intrépido León?

Extraño es en verdad, y extraño le parece al guardabosque, porque llevando dos dedos á su boca, lanza un prolongado é intenso silbido.

Alegres ladridos, cada vez más cercanos, se escuchan, hasta que, jadeante y moviendo expresivamente la cola, aparece León, quien acaricia á su amo poniéndole las patas sobre el pecho.

Jaime lanza un grito de sorpresa. El hocico y las uñas del sabueso están manchadas de sangre.

Una idea horrible cruza rápida por la imaginación de Jaime, y se lanza con vertiginosa carrera en dirección de la cabaña.

El perro le sigue.

La sangre que enrojece el hocico de León, ¿no puede ser la de su hijo?

Tal vez el inocente niño martirizó con sus juegos al animal, y éste vengóse cruelmente.

Esta idea tortura á Jaime; cruza la angosta vereda; pero al llegar á la puerta de la choza se detiene anhelante.

Tiene miedo á la realidad; por fin se determina; abre estrepitosamente la puerta, dirige una ambiciosa mirada hacia la cuna de su hijo: está vacía; las ropas revueltas. Un sudor glacial cubre su cuerpo; sus ojos giran sin expresión lanzando una mirada de muerte; faltanle las fuerzas, y tiene que apoyarse en el dintel.

—¡Mi hijo... hijo mío!—dice, é inclina

la cabeza con desaliento, mientras desgarran su garganta entrecortados y amargos sollozos.

Transcurre un minuto; acércase después á la cuna; busca debajo de ella: ¡nada! Ha perdido á su hijo.

Entonces, cuando llega al convencimiento de su desventura, ve junto á sí á León ensangrentado y acariciándole.

Un vértigo le arrastra, y apuntando, enloquecido, fuera de sí, dispara sobre la cabeza del perro. La detonación tiene dos ecos: el primero, un quejido de León, que cae mortal; el segundo, un infantil grito que parte de un rincón de la cabaña, cubierto por un montón de pieles.

El guardabosque se abalanza hacia este punto, y encuentra en él á su hijo ileso y junto al cadáver de un lobo.

Todo lo comprende entonces. Acaba de matar al salvador de su hijo.

La sangre que mancha el hocico de León es la sangre del lobo que el noble animal mató defendiendo á su pequeño amo.

Jaime se abalanza hacia el animal: León levanta agonizante la cabeza, y lame cariñosamente las manos de su amo.

Dos lágrimas aparecen en los ojos del guardabosque.

La vidriosa mirada de León parece que le dice: «¡Ingrato, así pagas mi fidelidad!» Por fin el noble perro queda inmóvil.

Ha muerto. ¡Pobre León!

JOSÉ ALEGRÍA.

## TEATRO REAL.

Si entre la costumbre y el sistema existen puntos análogos á los que pudiera contribuir el temperamento especial de cada individuo, nada más lejos de mi ánimo que sujetarme en ninguno de mis escritos ó revistas á la línea trazada por dichos puntos: no pretendo proclamarme libre de todo aquello que á la generalidad de los mortales nos hace esclavos de lo primero, es decir, de la costumbre absoluta, la cual pocas veces suele subordinarse á las exigencias de la razón ni de la conveniencia, y es, por lo tanto, poco digna de figurar como causa

positiva, en ningún hecho de todos cuantos el hombre realiza ó pudiera realizar en la vida.

La razón, el cálculo y el deseo constituyen la base del edificio donde ejercita su fuerza y se vigoriza el entendimiento humano, y en tales principios he tratado de apoyar mis demostraciones, en cuantos juicios he podido emitir respecto á los artistas del Teatro Real.

Que mi autoridad no es ninguna, exclaman varios de los que se sienten algo mortificados por mis apreciaciones; pues si así es, y la falta de tiempo confirma semejante verdad, en cambio los errores en que pueda caer, sujeto como estoy á la ley humana, no deben tomarlos en cuenta aquéllos que sólo notan cierta claridad en las tinieblas de la *adulación del incienso y del aplauso*, que tantas veces confunde y trastorna al que se enseñorea, necio, con el oropel cuyo brillo se empaña cuanto más clara es la luz donde refleja; mas no hablemos de autoridades, porque á tal punto llega la ceguera y la ofuscación en el cerebro de algunas eminencias, verdaderamente microscópicas, que no hace mucho tiempo me encontraba presenciando el ensayo de una ópera, no recuerdo en qué teatro, y hubo de llamarme la atención el que se apropiase autoridad, para enseñar y dirigir á muchos artistas notables, una de las eminencias enanas que jamás ha podido apreciar ninguna de las bellezas que encierra su propio idioma; indudablemente la obediencia con que respondían á sus indicaciones ó mandatos los demás artistas, iba acompañada de un oculto desdén y de una prudencia egoísta, por comprender que ni la razón, ni el talento, ni el arte, pueden sobreponerse á la influencia de aquellos artistas á quienes la empresa saluda, tal vez sin intención, con el calificativo de *caro ó carísimo*, según la más ó menos cara amistad con que se redacta el contrato, y según también la mayor ó menor entrada que proporciona *su carísima voce*. Y he aquí en lo que tantas veces apoyan su autoridad los que no están dispuestos á reconocerla jamás, sino en aquellas personas que, á falta de claros y razonados argumentos continúan

por sistema y por costumbre rindiendo culto á sus endiosadas pretensiones.

Convencidísimo estoy de que, á pesar de la falta de tiempo, en que necesito apoyar mis razones para presumirlas autorizadas, no dejarían de reconocerme desde luego con suficiente competencia todos los *sacristanes*, que hoy me desautorizan, si me propusiera seguir un rumbo distinto al que aconseja el sano juicio, la imparcialidad y la conciencia. Pues qué, ¿no hay más que encumbrarse y acaparar miles y miles de duros, disfrutar una vida envidiada por los príncipes, encontrar el camino cubierto de flores, no escuchar otro ruido que el de los aplausos, sin que haya derecho, por lo menos, á discutir los méritos en que se fundan tales merecimientos? Pues si tal creen esos señores privilegiados por la fortuna, á causa de creerse autorizados para tal creencia, yo también, después de creer en Dios, créome autorizado para dar al viento mis opiniones, así sean éstas tan autocráticas como las diferencias establecidas entre los sueldos de los malos cantantes y los buenos profesores que figuran en la orquesta.

Por lo demás, el público ya va notando hace tiempo las dificultades con que tropiezan las empresas para poder reunir un conjunto que satisfaga sus exigencias, nada exageradas, y rara es la ópera que se pone en escena sin que resulten en ella marcadas deficiencias. ¿Y por qué? ¿Cuál es el motivo de tales consecuencias? ¿En qué se funda el insostenible precio de las localidades? ¿En qué la ruina de que se ven amenazadas las empresas? Pues en la falta de cálculo en ellas mismas para saber apreciar lo que el tiempo consolida, que no es, por cierto, respecto á la ópera, supeditar al mérito de uno ó dos cantantes el resultado del conjunto.

Con este camino emprendido, no sólo se ha logrado extraviar el gusto general del público, que hoy no se preocupa de otra cosa que de tal ó cual tenor, ó de tal ó cual tiple ó bajo (de barítonos no tiene necesidad de preocuparse por este año), sino que ellos mismos han conseguido, sin esfuerzo alguno, elevarse hasta las nubes, sobre todo cuando se trata de nubes en Madrid, que duran nada menos que un semestre sobre el

oscuro cielo de la empresa; y allá veremos, si continúan mucho tiempo los vientos, quiénes son los que se salvan de la tormenta, y quiénes los que pierden el paladar y el olfato, *con el cierre de puertas y ventanas consiguiente.*

Lo más lastimoso es que, entre los últimos, figurarán en gran mayoría los menos culpables y los más necesitados.

Pero volviendo al tema de mis consideraciones, se me ocurre preguntarme á mí mismo: ¿en qué habré pecado al exponer mis juicios anteriores respecto á los artistas del Real, para que me zumben los oídos y distinga el eco de ciertas palabras, *no muy sonoras*, como si me fuesen transmitidas por teléfono? Que Flautín no toca flauta ni pito; que Flautín no tiene autoridad, y vuelta con la autoridad. Triste cosa es para mí tener que renunciar á la esperanza de verme algún día *autorizado* para exponer mis opiniones con la aprobación de los que hoy me desautorizan; mas si me encontrase en la desgraciada necesidad de pretenderlo alguna vez, facilísimo me sería hallar los medios que existen para conseguirlo; y como á éstos no les doy la menor importancia, claro es que continuaré é insistiré tranquilo en mis *catorce*, con tanta más razón cuanto que leo en *El Pirata*, revista artístico-literaria que se publica en Turín, lo siguiente: «Hemos recibido el primer número del nuevo periódico español LA ESPAÑA MUSICAL. Es una revista de gran interés para el arte, que dirá muchas y señaladas verdades, ESPECIALMENTE RESPECTO Á LOS CANTANTES.»

Pues si *El Pirata*, á pesar de lo autorizadísimo que se encuentra por todos los cantantes que cantan y que no cantan, confiesa que nosotros diremos *muchas y señaladas verdades*, evidentemente queda demostrada la razón que nos asiste para continuar por el camino emprendido, siquiera no encontremos en él más recompensa que la de ser reconocido nuestro espíritu de justicia por un periódico de tan indiscutible autoridad. Por lo demás, dejo á la consideración de mis lectores los párrafos siguientes de una revista del Real publicada por el mencionado periódico, y remitida indudablemente por su autorizadísimo corresponsal en esta

corte: «*El acontecimiento más ruidoso del día, ha sido la representación de La Africana, con la Kupfer Berger, y con el sommo Gayarre* (como no estoy muy fuerte en esto de las sumas, no me atrevo en este momento á sumar á Gayarre).

*Sería una tentación titánica hacer completa descripción del entusiasmo público, en la ovación hecha á Gayarre. El baritono Beltrami también obtuvo su parte de gloria en la referida noche.»*

No dudo que, si la gloria se divide por partes, es capaz de partir á cualquiera la parte que le tocó á Beltrami. Pasemos por alto el segundo acontecimiento de *La Favorita*, con el cual estamos favorecidos para toda la vida, á pesar de los *desfavorables* baritonos que hace tiempo están cantando; y pasemos sin traducción alguna al «*terzo avvenimento dil Faust colla Kupfer Berger la piu gentile Margherita ch' io abbia conosciuto, col Gayarre il piu veridico e affascinante Faust, col Battistini il piu ammirabile dei Valentini e con Uetam il piu caracteristico Mefistofele.*» Aquí todo el mundo *piá*; bien se conoce que la escena pasa en España: pero, francamente, si con esta manera de piar, ó con este modo de emitir juicio sobre los cantantes, he de conseguir la mano de alguna Margherita, renuncio generosamente á las promesas de Mefistofele, y me retiro tranquilo al aposento del decrepito Doctor, donde haré lo posible por no encarnarme, como Faust, en la nada de la vida intelectual.

Pasemos ahora á hacer un ligero resumen del *Barbero de Sevilla*, último acontecimiento de la temporada hasta la fecha, y en el que, según mi leal, imparcial y liberal entender, resultó lo siguiente la primera noche de su audición:

La Sra. Gárgano, bien en el primero y segundo acto; en las variaciones del tercero bastante desafinada, y sobre todo en la última variación, que, si efectivamente es de gran dificultad, no por esto debe admitirse la incorrección cuando se trata de artistas á quien saluda el público con un aplauso en su primera salida.

De Lucía cantó la romanza del primer acto muy bien, la serenata muy mal y el resto de la ópera; alguno que otro recitado dicho con demasiada libertad, y tratando de

imitar lo inimitable, debieron provocar alguna protesta por parte de los que no se satisfacen con malas imitaciones, por la triste impresión que suelen causar las comparaciones.

Battistini, como en todas las óperas en que no se ríe; pero en ésta, después de tener continuamente muy bien unidos los pies, quiso reirse, y lo concluyó de echar á perder; por lo demás, si no se hubiera reído, habría estado seriamente mal.

Uetam, bien como cantante y como actor.

Baldelli algo convencional en la parte cómica de Don Bartolo; puede ser y puede no ser: y si me preguntan Vds. ¿en qué quedamos? diré que... hasta cierto punto... no sé si... el tipo de... otra vez me zumban los oídos... pues nada, que no tengo autoridad para dar mi opinión; y voy á emitir, respecto á la empresa, ó mejor dicho, á las entradas en esta ópera, la de un amigo que decía la última noche:

Señor conde *paganini*,  
¿No comprende que *El Barbero*,  
Aunque sea de Rossini,  
Si no lo canta Massini  
No le puede dar dinero?

FLAUTÍN.

## LA GUITARRA.

Ya regresaron los mozos  
De sus pesadas faenas;  
Ya con el añejo vino  
Restablecieron sus fuerzas,  
Y á la puerta de su casa  
En corro alegre se sientan.

A su lado están las mozas  
Y, entre las mozas, las viejas,  
Y algún anciano de aquéllos  
Que, dando nombre á su tierra,  
Mezclaron el contrabando  
A cofradías y á fiestas.

Los que cruzan por la calle,  
Si el grupo feliz no aumentan,  
Pasan de prisa, con miedo  
De bromas y de indirectas,  
Y el aire que á los naranjos  
Roba el perfume que lleva,

Suspiros y carcajadas,  
Gritos, murmullos y quejas,  
Por la retorcida calle  
Dilata, pierde y contesta.

De pronto, de la guitarra  
Vibran las sonoras cuerdas,  
Y en seguida los arpeggios  
En dulces notas se truecan  
Que, anuncio de los cantares,  
Entre la algazara suenan...

Al fin, nacida del alma,  
Se oye la primer endecha,  
Y en el popular concurso  
Produce tan honda huella,  
Que antes de que se termine  
Francos aplausos resuenan...

—¡Nadie canta como el Curro!—  
Dice una moza triguëña  
Con más flores en el pelo  
Que aroma y perfume en ellas.

—¿Que no?...—replica otra moza:—  
Pues, hija, ¿dónde me dejas  
A Juan *el banderillero*  
Y á Perico *el de Mairena*?—

Y de una en otra pregunta,  
Donde, sin cesar, campea  
Toda la gracia del mundo,  
Que es la sal de aquella tierra,  
Llegan á inferirse injurias  
Que responden ó desdeñan.

Para apaciguar los ánimos,  
Excitados con la gresca,  
Un viejo de pelo en pecho,  
De patillas que blanquean  
Y de nariz que lo rojo  
Del vino andaluz recuerda,  
Alza las manos con pausa  
Y dice de esta manera:

—¡Cállense las habladoras!  
¿Quién canta mal en mi tierra?

¡Pero es eso, *mayormente*,  
Porque la guitarra lleva  
Todo un mundo de poesías  
Enredado entre sus cuerdas!...—

He de advertir que este anciano,  
En su juventud corneta,  
Fué portero del Congreso,  
Donde aprendió, por las señas,  
A darse tonos de sabio  
Y orador de los de fuerza.

—Pues—añadió—la guitarra

Es una cosa tan vieja  
Que hasta nuestro padre Adán  
Dió serenatas con ella.

¡Cuántas veces por las calles,  
Misteriosas y desiertas,  
Aparece, á su sonido,  
Todo un sol tras una reja!

¡Cuántas en ferias y rondas  
La alegre ventura aumentan,  
Y dos almas se comprenden,  
Y se buscan, y se besan!

¡Y cuántas allá en mis tiempos,  
Tras la batalla sangrienta,  
Cuando aún al cielo empañaba  
El humo de la pelea,  
Sobre el suelo removido,  
A la luz de las estrellas,  
Y sabiendo que la aurora  
Traerá lid y muertes nuevas,  
Como rumor de la patria,  
Como suspiro que llega  
Desde el pecho de una madre  
Ansiosa de nuestra vuelta,  
Ha sonado la guitarra  
Con ternura tan inmensa,  
Que el alma, de amor henchida,  
Subió á los ojos inquieta,  
Creyendo ver á sus ídolos  
Bajo el hogar de su aldea!

¡Sí! la guitarra española,  
Porque es solamente nuestra,  
Sabe enamorar amante,  
Dulce, persuasiva y tierna,  
Y sabe, al ronco estampido  
De belicosa contienda,  
Para que ignore el contrario  
Cómo el español se queja  
Cuando el enemigo plomo  
Por sus entrañas penetra,  
Ocultar ayes de muerte  
Con jotas aragonesas!

¡Bendiga Dios á mi patria  
Que tales cosas engendra,  
Y bendiga Dios á todos  
Los que, como yo, la quieran!—

Y así diciendo el buen viejo  
A la absorta concurrencia,  
Con el dorso de una mano  
Áspera, carnosa y negra,  
Secó los húmedos ojos,  
Se arregló bien la chaqueta,

Hizo como que tosía,  
Miró amoroso á las hembras,  
Y entre mayor algazara  
Cantó con dulce cadencia:

*Va en la guitarra española  
El alma de nuestra tierra,  
Y así, por donde resuena,  
Toda la patria compendia.*

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN.

### SECCIÓN CIENTÍFICA.

SR. D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

Mi estimado amigo: Me ha pedido V. un trabajito para su excelente periódico, al que deseo larga y próspera vida, y he diferido hasta hoy la promesa que le hice, porque no encontraba asunto oportuno que tratar. Dirá V. para sus adentros, como yo para los míos, que asuntos oportunos en el arte no faltan nunca, y más en España, que comienza á vivir la vida moderna. Así es; pero el terreno está tan mal preparado, que las cuestiones artísticas más importantes no logran romper la indiferencia de las gentes, preocupadas sólo de la actitud de D... Fulano, personaje político de primera, ó de segunda, ó de tercera, ó de cuarta clase. Por esto se ve que toda la prensa madrileña dedica grandes artículos á la excisión de un grupo político, y no destina el menor espacio en sus columnas para comentar la violenta clausura del teatro de la Zarzuela, el único que representaba la asendereada *lirica española*, dando de comer al mismo tiempo honradamente á más de cien familias. ¡Nadie lanza un lamento, nadie exhala una queja; á nadie se le ocurre proponer un remedio, y si hubiera un *cándido* que lo intentara, se quedaría solo!...

El distinguido músico Sr. D. Gregorio A. del Saz se atreve á romper esta deplorable inercia, dando una serie de *conferencias sobre los diversos aires en música* en el local de la Asociación de Escritores y Artistas. Plácese mil merece el distinguido conferenciante por su valiente iniciativa, y yo se los doy muy sinceros. Particular y galantemente invitado por dicho señor, no me ha sido posible asistir á las dos primeras sesiones,

pero pude escuchar la que dió en la noche de ayer, y ella me mueve á escribir las presentes líneas.

A no haber sido *conferencia* y permitirse la *polémica*, LA ESPAÑA MUSICAL se ahorrara el breve espacio que honrándome me consagra; mas teniendo aquel carácter y oyendo lo que oí y no viendo claro, me decido á significar en esta forma mis dudas sobre las premisas sentadas y los resultados, que el conferenciante deduce, muy discutibles á mi entender, mientras los ejemplos que presenta no sean más claros y determinados.

Dejando á un lado la importancia absoluta que el tema propuesto por el Sr. Del Saz puede tener, en mi concepto pequeña, tanto en la última conferencia, como en la que tuve el placer de escucharle el pasado invierno, se propone demostrar que hay un desorden extraordinario, *horroroso*, adjetivo que emplea con frecuencia, en los movimientos metronómicos marcados por los grandes maestros. Puede que tenga razón, pero hasta ahora no lo ha probado.

Dice el Sr. Del Saz, y así funda su argumentación: «En tal obra de Schumann, por ejemplo, vemos: *Andante* M. M. ♩ = 62. En tal obra de Beethoven: *Adagio* M. M. ♩ = 80. En tal obra de Meyerbeer: *Andante* M. M. ♩ = 108,» etc.; y de aquí deduce que hay una diferencia extraordinaria, *horrorosa*, entre Schumann y Meyerbeer, y casi, casi, se viene en conocimiento de que dichos ilustres maestros marcaron mal. Hecha la deducción, el reducido, aunque escogido auditorio, aplaude y comenta admirado los resultados del distinguido conferenciante.

Vamos poco á poco, y veamos el fundamento de tales premisas y tales consecuencias.

En primer lugar, las primeras, si no son falsas, son incompletas; porque no nos dice el Sr. Del Saz *el compás en que está escrita* cada una de las composiciones, y esto es tan indispensable, tan esencial, que sin esa condición las deducciones son totalmente arbitrarias. Un ejemplo:

Supongamos que vemos marcada una composición así: *Andante* M. M. ♩ = 64, y otra: *Andante* M. M. ♩ = 128; pues aun-

que una  $\bullet$  (negra) está marcada con 64 y otra con 128, no hay razón para exclamar: qué horrorosa diferencia, señores, si la primera está en *compás de*  $\frac{2}{4}$  (dos por cuatro) y la segunda en  $\text{C}$  (binario), porque con la diversidad de compases viene á tierra la pretendida diferencia de la numeración. Lo que sucederá es que la  $\bullet$  del segundo compás tendría el mismo valor que la  $\text{C}$  (corchea) del primero; pero esto ni afecta á la composición, ni de ello puede en manera alguna deducirse que uno ú otro autor marcaron mal. Como en los compases binarios sucede en los ternarios, con igual relación matemática; por tanto: mientras el señor Del Saz no determine más amplia y claramente sus ejemplos, no habrá demostrado nada.

Respecto de las palabras italianas que hasta hoy se han usado para indicar los diversos aires en música, existe en efecto alguna confusión, mas también es pequeña y en modo alguno esencial. Los tres principales son: *Andante*, *Moderato* y *Allegro*; cada uno se subdivide, á veces arbitrariamente, en muchos otros: el primero, en *Largo*, *Adagio*, etc.; el segundo, en *Andantino*, *Allegretto*, etc., y el tercero, en *Presto*, *Vivace*; pero, en realidad, son diferencias que un buen intérprete aprecia al punto por el carácter propio de la composición; y ya que de esto trato, echaré á volar una idea no transcendental, pero una idea al cabo. ¿Por qué nos hemos de servir los españoles de las palabras italianas para marcar el movimiento de los aires en música, las alteraciones del mismo en los períodos y el carácter de las frases, tales como, á más de las ya escritas, *rallentando*, *incalzando*, *diminuendo*, *dolce*, *piangente* *legatissimo*, etc., etc., palabras que unos escriben mal y otros no entienden siempre? Desde que oí emplear la palabra *Adagio* en Italia para indicar una persona á otra que anduviese más despacio, ó al arribar un vapor al término de su viaje, dirigiéndola el timonel al maquinista, ó la palabra *Allegro* para los contrarios efectos, confieso que desapareció el encanto y poética significación que hasta entonces tenían para mí dichas pala-

bras. Sobradas tiene nuestra lengua para sustituirlas, con ventaja de la claridad y la lógica. Muchos alemanes y franceses há tiempo que lo practican, no es que yo lo invento.

Aunque me he atrevido á hacer alguna objeción á las demostraciones del señor Del Saz, le doy el parabién por sus artísticas conferencias y el profundo estudio que ha hecho de los *compases* usados en otros tiempos, relacionándolos notablemente con los que actualmente se emplean. De desear es que, terminado el tema propuesto, continúe con otros más interesantes, pues sin desdeñar, ni mucho menos, el que ahora le ocupa, entiendo no reviste principal importancia. Así debía considerarlo el gran Beethoven, cuando preguntándole un amigo en nombre del director de orquesta que debía dirigir una de sus sinfonías, por la notación metronómica de los aires, contestó el maestro: «Si ese señor director necesita metrónomo para interpretar mi música, decídele que no la dirija.»

Con esto no canso más, señor director: sabe es suyo afectísimo atento Q. B. S. M.

TOMÁS BRETÓN.

Madrid 31 Diciembre 1886.

## TEATROS.

REAL.

El que dijo que el aire de Madrid mata á los hombres y no apaga un candil, debía ser algún *currutaco* de la época de nuestros abuelos, porque ahora no es el aire el que mata á los hombres, sino el renombre de los artistas que se hacen pagar con monedas de cinco duros, lo que debía estar pagado con moneda de bronce y de la unidad que se usa en los cambios de la plazuela.

Hemos oído la siguiente anécdota de boca de un celeberrimo artista, que cobra tanto en una semana como el presidente del Consejo de Ministros en un año:

Poníase en escena en el Real teatro de Coven-Garden una ópera en que toman parte el mejor cuarteto de la compañía, compuesto de una prima donna *celebritá*, diva

del arte; de un notabilísimo tenor de reputación universal; de un barítono de *primitivo cartello*, y de un bajo, que rayó tan alto en eminentísimo, como no subió ningún bajo. Una noche quiso el empresario echar toda la carne en el asador, como decimos en *esta tierra de garbanzos*. Todos los artistas se creían que el teatro estaba lleno, porque cada cual tenía suficiente fuerza de atracción para que en las ventanillas del despacho se pusiera el cartelillo de *no hay billetes*; mas tan injustificadas pretensiones llegaron á molestar la dignidad personal del empresario, no tan sólo por lo infundado de sus pretensiones, sino que, como no estaban en el secreto, creían que todo el monte era orégano.

El empresario, que no sabía una palabra de lo que es *filar las notas*, hacer una *puntatura*, *tomar alientos*, hacer un *mordente ó una escala cromática*, pero que sabía dar el *sí* natural cuando llegaba la quincena, único día en que ningún artista se pone malo y que pregunta más por el cajero que por el *doctor*, el empresario suprimió la segunda representación, los billetes de favor y las localidades que, para llenar, se reparten entre los amigos y sus familias. Como era natural, al levantar la cortina, las plateas y las butacas estaban en claro; llegó el segundo acto, y el teatro lo mismo; se acabó la representación, y lo mismo; y después de tomar la cuenta al encargado del despacho, con el mucho papel sobrante, el flamante empresario tomó asiento en su dorado sillón de la dirección, y por medio de un *ugier*, pasa recado atento á su privilegiado cuarteto para que acudan á su presencia, y una vez allí, les dice: «Cada uno de Vds. se cree dueño de este teatro por lo que cobra; estoy cansado de oírles llamar celebridad y de leer los *bombos* que les dan cuatro amigos; hoy han trabajado todos juntos en una misma ópera; mirado los sueldos de ustedes, cada noche importan doble de lo que da un lleno; ahí tienen presente el papel que me sobra, y que, gracias á un equitativo reparto, vienen algunos amigos para pasar alegremente la noche aplaudiendo el espectáculo y arruinando al empresario.»

Esto mismo podíamos decir al ver cómo

está el coliseo de la plaza de Oriente ciertas noches en que la representación de la ópera nos hace recordar el título de la comedia *Las apariencias engañan*; parodiemos á Cascante cuando decía:

Esta sentencia moral  
Fija en tu memoria ten.

ESPAÑOL.

Con la enfermedad del Sr. Vico, que afortunadamente ha desaparecido para bien del arte y para beneficio de la empresa, ha entrado este clásico teatro en una normalidad que iban echando de menos el numeroso é ilustrado público que acude con religioso culto á rendir pleito homenaje á la literatura patria.

Y en verdad que ya lo íbamos notando al ver el ímprobo trabajo que pesaba sobre el notabilísimo actor Sr. Calvo, que se ha visto precisado á sobrellevar, en un mismo día, el peso de dramas como *Don Alvaro* y *La vida es sueño*; así que no es extraño que, á pesar de sus buenas cualidades personales y su privilegiada laringe, le viéramos palidecer y enronquecer hasta quedarse afónico en algunas culminantes escenas del último drama.

Lo mismo podríamos decir de la señora Contreras, á quien aplaudimos por su buen deseo, y en quien admiramos el valor que tiene para aceptar tanta carga como la impone la dirección artística, sin tener en cuenta que la voluntad y buen deseo pueden no tener límites, pero las fuerzas físicas son, como toda obra material, limitadas, teniendo que dar cierto reposo al cuerpo, á fin de que el espíritu no se halle fatigado cuando tenga necesidad de interpretar una nueva creación, salvo el caso de que la empresa se halle tan falta de personal, lo que no creemos, que no tenga otra dama á quien encargar papeles de primer orden; y ya que nos ocupamos de esta distinguida actriz, hemos de permitirnos llamar su atención, no para dar consejos, que no estamos tan altos que *oficiemos de pontifical*, sino por el respeto que nos merecen las señoras todas, y con especialidad aquéllas que salen del común sentir de las gentes, acerca de la escena

final en el *Don Alvaro*, cuando cae su cuerpo inerte, como cae Laura después de morir en los brazos del protagonista: aquellas vueltas que da *ni son reales ni son bellas*; por eso dijo el poeta inmortal, queriendo hacer una hipérbole, ó explicando la verdadera realidad:

*Como corpo morto cade.*

GRAN LICEO DE BARCELONA.

Siempre han tenido los barceloneses la pretensión de que su Gran Liceo es mejor que nuestro Teatro Real, y casi vamos convenciéndonos que no les falta razón: allí, por el espíritu más emprendedor que el nuestro, más aficionados á las ideas, en arte y en todo, modernas, como nosotros nos aferramos á los usos y costumbres de nuestros antepasados; más predisuestos á las exploraciones y á las conquistas, como buenos almogávares; nosotros, más apegados siempre á la rutina y á la vida contemplativa, han hecho que su música y su arte lírico dramático sea un puerto por donde nos han de importar las creaciones modernas, haciéndonos pagar los derechos de aduana.

Con orgullo pueden decir que, antes que en Madrid, se han dado á conocer en el Liceo las principales óperas de Meyerbeer y de Wagner: allí han debutado antes las más renombradas celebridades, y allí hay siempre los más y los mejores artistas del divino arte. *Quien no ha visto Barcelona, no ha visto cosa bona*, dicen los catalanes, y no les falta razón: desde los dramas y comedias en catalán y bilingües que se ponen en escena en modestísimos teatros de *á real y medio* la pieza, hasta los grandes bailes de máscaras que se verifican en Carnaval, con premio á la señorita que lleve mejor, más elegante y de más novedad el traje, todo allí tiene su sello de originalidad.

Para probar esto, para apreciar la diferencia que hay entre el Real y el Liceo, no hemos de fijarnos más que en lo que ha ocurrido en ambos teatros el día de Inocentes. Se pone aquí en escena *El barbero*, interpretado por la Sra. Gárgano, el Sr. De Lucía, el Sr. Battistini y el Sr. Uetam, de cuyo juicio se ocupa en otra parte de este

número nuestro cronista, y en Barcelona se hace una *inocentada*, descrita por *La Publicidad* en esta forma:

«Hay gentes que tienen el prurito constante de que nadie se burla de ellos. Estas personas, tan exquisitamente susceptibles, se abstuvieron de asistir anteayer á la inocentada del Liceo, seguramente porque sospecharon, por la redacción del cartel, que la empresa quería dar la castaña al público, anunciando, con la poca seriedad propia del día, que Massini tomaría parte en la función. Pues estos señores fueron los verdaderos inocentes, ya que no sólo tomó parte en la función el célebre tenor, sino que cantó como nunca le habíamos oído.

La base de la inocentada fué el *Crispino*.

En el segundo acto de esta ópera sacaron á la escena entre cuatro á Massini, en vez del partiquino encargado de este débil papel en los días ordinarios.

Aquí del tenor: comenzó cantando la *cansonetta* de *Las víspers sicilianas*, con la sencillez que requiere esta pieza y con el buen gusto que le es peculiar. Siguió después el bellísimo *stornello*, de Baldelli, *A mon de baci*. Infinitas veces hemos oído esta inspirada canción á Massini, que siempre la interpreta delicadamente, por prestarse, como ninguna otra, á derrochar todo el caudal de bellísimos efectos de voz de su privilegiada garganta.

Al pedir el *vis*, nos sorprendió con la *cavatina* del primer acto de *El Barbero de Sevilla*, no como se la habíamos oído cuando cantó esta ópera en Barcelona, sino como no tenemos recuerdo que así se haya cantado, incluyendo en la lista á nuestro ídolo Mario y á nuestro paisano Balart. Estos notabilísimos tenores la cantarían seguramente con más atildamiento, con más cuadratura, con más arrobamiento, pero Massini dijo este andante con un acento, unas inflexiones de voz imposibles de ser imaginadas. Hizo una balada en cromática descendente, en la cual se oían las rapidísimas notas claras, precisas, como le sería difícil al más hábil profesor hacerlas al piano.

¿No habría medio, Sr. Massini ó señor Bernis, de combinar otra función para poder oír siquiera esta pieza? ¿Por qué no todo

el primer acto de *El Barbero*? Esta súplica no es nuestra solamente: es de la mayor parte del público en el exceso del entusiasmo.»

Hagan nuestros lectores los comentarios que quieran: nosotros hace tiempo que sabemos á qué atenernos, y damos á Dios lo que es de Dios, y al arte le rendimos culto donde le encontramos, y en verdad que anda escaso.

\* \*

#### MASSINI EN MONTEVIDEO.

Tan pronto como termine su contrata con el Liceo de Barcelona este celeberrimo tenor, que tantas simpatías supo captarse y tan gratos recuerdos dejó entre la *high life* madrileña, saldrá para Montevideo, donde hará la temporada de primavera cantando cuarenta noches y percibiendo *dos millones seiscientos mil reales*.

Esto se llama cantar bien y cobrar mejor. ¡Cuántos años necesitaría un Presidente del Consejo de Ministros para cobrar esta cantidad!

Mejores notas son el *do, si, la, sol*, que las que dan muchos Ministros de Estado.

### VARIEDADES.

#### EL MÉDICO DE UN TEATRO.

El médico de teatro es siempre un hombre amable, más *dilettanti* que médico.

El día que está de servicio, es el día más feliz de su vida, ó más bien de su semana. No es un sacerdote que llega al teatro, ni piensa que cumple un deber, ni está preparado para tener una consulta, ni que tendrá que firmar una receta.

Es un espectador privilegiado entre todos, y nada hay más desagradable para él que ser llamado en medio de un acto para ir al *foyer* á socorrer alguna señora con un síncope, ó á un caballero amenazado de una apoplejía. Su deber profesional consiste, este día, en aplaudir á un artista querido, en disfrutar de una butaca en día de moda, y no en poner un frasco de éter bajo las narices de un espectador molesto por el ácido carbónico.

Sin embargo, el médico de teatro es dichoso cuando es llamado al palco escénico para asistir á un actor, y sobre todo, á una cantante atacada por una afonía súbita ó una molestia imprevista, ya que no simulada.

Entonces, el médico es considerado como una Providencia, un oráculo, un *Deus ex machina*.

De él depende que siga la función: el director de escena, el autor, el empresario, todos están á su alrededor, en el *camarín* del enfermo, esperando ansiosamente la sentencia que va á caer de los labios del Hipócrates.

Es el árbitro de muchos espectáculos y el defensor de la taquilla.

Cuando no tiene ningún enfermo, el médico va á dar una vuelta entre bastidores durante los entreactos: es el bienvenido. Los artistas le reciben como á un padre, y aprovechan la ocasión para *tener* una consulta gratuita.

Pero el doctor, que va para divertirse, no se encuentra nunca dispuesto para ello, y continúa tan espectador como si no le consultaran.

Según quien sea el artista que le interroga, el médico entrecorta sus consejos con los recuerdos del acto que acaba de ver; en estas consultas ejercen gran influencia los enfermos del sexo bello.

En los teatros de música es un estóico que durante toda la noche permanece bajo la impresión de un *andante* ó de una *fermata* admirablemente ejecutados; no se le debe consultar: os trataría al revés, dando amoniaco por agua de colonia, ó firmando una receta en *si bemol*.

Hemos oído asegurar que el Ministro de la Guerra piensa hacer alguna reforma en la actual organización de las músicas militares, que redundará en beneficio de todos los individuos que las componen. Nosotros celebraremos que tales noticias se conviertan en hechos, para aplaudir sinceramente al general Castillo por el recto espíritu de justicia que demostraría mejorando algo el presente y el porvenir de tan desamparada clase.

Hallándose en campaña un oficial cajero de cierto batallón, recaudó unos fondos pertenecientes al Cuerpo, que perdió en un azar de su fortuna. Conociendo el compromiso de su posición, trató de evitar las consecuencias, presentándose al coronel como víctima de robo á mano armada, con el cual era inútil su defensa.

—¿Y no conoce V. á los ladrones?—preguntó el jefe.

—No, señor.

—¿Conserva V. algunas señas particulares que puedan dar algún indicio?

—Tampoco: eran varios.

—¿Había alguno—insistió el coronel—bajo, con una gorrita sin visera y una blusa?

—Creo que sí—balbuceó el oficial.

—¿Pantalón ceñido y borceguíes?

—Sí, señor.

—¿Y un garrote en la mano?

—Cabal.

—Lo sospechaba: la sota de bastos.

*Los deseos.*—Si los gatos tuviesen alas, no quedaría ningún gorrión en el aire.

Si los hombres tuviesen cuanto desean, ¿qué es lo que quedaría para los demás?

### CORRESPONDENCIA.

D. M. G.—Málaga.—Pagada la suscripción hasta fin de Febrero.

D. R. M.—Vitoria.—Idem.

S. P. del C.—Villafranca del Bierzo.—Idem.

D. M. R.—Pontevedra.—Idem.

D. N. V.—San Sebastián.—Idem.

D. A. K.—Cartagena.—No me parece oportuno su pensamiento por ser irrealizable, y además que daría resultado dentro de veinte años. El artículo *Equidad y justicia* y lo que decimos hoy, es el único camino de realizar el fin que perseguimos, y lo conseguiremos si vivimos, por ser de justicia.

D. V. N. R.—Calatayud.—Recibido el importe de dos trimestres para V. y para el Sr. D. J. L. G.

D. M. F.—Coruña.—Recibido importe de un trimestre de suscripción. Muchas gracias por los inmerecidos elogios que nos tributa.

D. A. R.—Cartagena.—Recibida libranza y hecha la suscripción que solicita para A. K., D. H. G. y la de V. hasta fin de Febrero.

D. S. F.—Zaragoza.—Pagada suscripción hasta fin de Febrero.

D. M. G.—Badajoz.—Idem id.

D. F. P.—Orduña.—Recibido en sellos el importe de un trimestre hasta fin de Febrero.

D. M. M.—Ubeda.—Idem id.

Srta. E. L.—Astillero.—Recibido el importe de la suscripción, y por correo se la remitieron los números de Diciembre.

D. M. G.—Alcalá de Henares.—Recibida libranza para el pago del primer trimestre de suscripción.

D. T. R. V.—Vitoria.—Idem id.

D. M. N.—Huesca.—Idem id.

D. O. R.—Burgos.—Idem id.

D. J. A.—Tarragona.—Idem id.

D. F. R.—Santofña.—Idem id.

D. P. R.—Torroella de Montgrí.—Recibida su carta y anotada la suscripción; puede V. mandar una letra del Giro, que es de más fácil cobro que en sellos de correos.

D. J. L.—Calatayud.—Se remiten nuevamente los números que reclama: como hemos estado en Noche Buena, por no tocar la pandereta, alguno ha querido tocar el bombo correspondiente á la música de banda.

D. V. M.—Palencia.—Recibidos los sellos correspondientes al mes anterior; continuará V. recibiendo los números y haga la propaganda, que algún día hemos de hallar todos nuestra recompensa.

D. F. M.—Guadalajara.—Pagada la suscripción hasta fin de Febrero.

### NOTA BENE.

Los señores á quienes hemos tenido el honor de remitir los números de esta REVISTA y no nos los han devuelto, serán considerados como suscritores, y si no remitieran su importe, giraremos contra ellos, durante el presente mes, con un recargo de 25 por 100 sobre el importe del trimestre.

Aquéllos que nos han escrito considerándolos como suscritores, pueden verificar los giros, á fin de normalizar nuestra contabilidad.

Los números sueltos de la REVISTA se venden en la Administración, Espejo, 9 y 11, principal, á 1,50 pesetas, y se remiten á provincias, pagando además el importe del certificado.

### MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8. — Teléfono núm. 15.

1887.

# LA ESPAÑA MUSICAL

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA.

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

ADEMÁS DE LAS DIEZ Y SEIS PÁGINAS DE CADA NÚMERO, ACOMPAÑA UNA PIEZA DE MÚSICA INSTRUMENTADA,  
UNA VEZ PARA BANDA Y OTRA PARA PIANO.

Consagrada á la propaganda de la Literatura y Bellas Artes, no han de quedar en olvido las Ciencias, y mucho más aquéllas que tienden á proporcionar algún beneficio á nuestros semejantes.

Al efecto, abrimos una Sección puramente científica, en que, como campo neutral, daremos cabida á aquellos trabajos que, firmados por sus autores, y sin solidaridad con esta Redacción, tiendan á su desarrollo y á la propagación de las ideas modernas.

Se suscribe en la Administración, calle del Espejo, 9 y 11, principal de-recha.

## IMPRENTA

Y

## FUNDICIÓN TIPOGRÁFICA

DE

## MANUEL TELLO

Impresor de Cámara de S. M., Comendador de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica, condecorado con la Cruz de Carlos III, premiado en varias Exposiciones nacionales y extranjeras por sus adelantos en el arte tipográfico.

Madrid—Don Evaristo, 8—Telefono núm. 15

Este antiguo Establecimiento, montado á la altura que los adelantos modernos exigen para hacer toda clase de trabajos tipográficos, ha sido trasladado á la calle de **Don Evaristo, número 8**, á un magnífico local construido á propósito. Es una notable instalación que merece visitarse, y para mayor comodidad del público se ha establecido servicio telefónico.

Los señores impresores que honren esta Casa con sus pedidos de fundición, quedarán satisfechos de lo perfecto y esmerado de la manufactura, y además obtendrán grandes ventajas en los precios, pues se descuenta del **6 al 25 por 100**. Hay abundantes surtidos, tanto en caracteres ordinarios como en titulares modernas, filetes, regletas y cuadrados de imposición.

## GRAN DEPÓSITO

DE

## PIANOS

EL MÁS IMPORTANTE Y ECONÓMICO DE ESPAÑA.

Fuencarral, 33, principal.

NAVAS.

Esta Casa posee la representación y venta *exclusiva* de los maravillosos *Steinway* (de New-York), que sirven de *modelos* á los mejores fabricantes de Europa, así como tiene los célebres *Rövisch* (de Alemania), que son los que, bajo el sistema *Steinway*, más reputación tienen.

*Pianos* de otros autores y de *manubrio*, con ó sin teclado, con inventos nuevos desconocidos en España. *Armoniums* para iglesias y salones.

## INSTITUTO DE VACUNACIÓN.

CALLE DE VALVERDE, NÚMEROS 30 y 32, BAJO.

Se vacuna directamente de la ternera varios días á la semana, de 3 á 5 de la tarde.

### TARIFA:

Por una vacunación á domicilio llevando la ternera.....	45 pts
Por una idem id. con tubo ó cristal..	40 »
Por una idem id. en el Instituto, Valverde, 30 y 32.....	5 »
Venta de linfa de ternera en el establecimiento todos los días de ocho á doce de la mañana y de dos á seis de la tarde.	
Una ternera vacunada.....	450 pts.
Una pústula conservada en glicerina.	25 »
Un tubo con linfa.....	4 »
Un cristal con id.....	3 »

Se remiten pedidos á provincias. A los señores Médicos y Farmacéuticos se les rebajará un 25 por 100. *Pago adelantado*. Madrid, Valverde, 30 y 32, bajo.

¡ALERTA!  
MARCHA MILITAR.

h. 5  
POR A. VAZQUEZ DOMENECH,  
Músico mayor del Reg<sup>to</sup> núm<sup>o</sup> 27.

Allegro (120)

REQUINTO.

1.<sup>o</sup> CLARINETES.

2.<sup>o</sup> CLARINETES.

SAXOFONES MI b.

CORNETINES y FLISCORNOS

TROMPAS MI b.

TROMBONES

BOMBARDINOS.

BAJOS (DO y FA)

BATERIA.